

YOLANDA BEDREGAL

POEMAS

ALEGATO INUTIL

Cada día tenemos más salobre la saliva.
La migaja se crispa
ante la entornada puerta del perdón.
Cada día se saltan a las uñas
los dos niños morenos de los ojos
que fueron ángeles despiertos
a celestes honduras.

¿Con qué habrá de rematar el alegato
que está ya en el tope del sollozo?
Cada hora se ha hecho voraz
como engranaje de colmillos;
los pasos se han desacostumbrado
a la caricia de la grama húmeda;
el aire avanza granizado de saetas.

Conduélete, Señor, a ti clamamos;
así tu mundo tambalea.
No somos Job, oh Padre; ¡no te tornes padrastro!
¿Acaso estás enfermo, o te pudres
con este vaho que te sube desde nos?
No te tornes padrastro, buen Dios.

Sonríe una vez sobre tu Hechura.
Regresa a tu niñez de Primer Día
cuando soplabas burbujas de color,
y te brotaba de las sienas
boscaje y pleamar.
Eras entonces sin arrugas
y era tu barba de cristal,
lira entre los dedos de la luz.

Sonríe, Padre, sobre el libro mancillado
y todos en Tu Nombre
escribiremos PAZ.

La simple trinidad de una palabra:
Bandera universal para soñar;
hostia de comunión para construir;
extremaunción para vivir.

Perdona, Dios, esta mi turbia arena...

(En *Del Mar y la Ceniza Alegatos Antología*, Biblioteca Paceaña - Alcaldía Municipal, La Paz, 1957)

".. testimonios de nuestra época de angustia.... clamores del hombre dolorido que tiene fe y parla, entre sollozos, con el Dios de su propio corazón y con el Tú de quien lee o escucha... porque sabe que alguna saeta ha de conmovier su desvarío. Quien parece blasfemar, está en realidad orando"

ALEGATO DE LA ESPERANZA

DESENTUMETE, Padre escupido por el clamor humano,

golpeado por el ojo entenebrecido.
Tanta angustia suda el alma, Padre;
a fuerza de no cosechar está que gime,
dejando el magro haz a la intemperie.

Tantos muros de miedo que no ceden
a la catapulta multitudinaria del hambre.
Tanto cacto que olvida
su último fin de abrirse en flor.
Tanta ceniza de Abel,
tanto odio,
nos rajó el alma y la voz.

¡Da vuelta a la moneda de Tu cara!

Por el alquitrán nocturno
escale el gusano al evangelio.

En el mapa de la mano abierta
se detenga el diluvio de lo inútil
y ancle el arca de la Creación.

En los surcos de la frente
cunda el manso mirar.

Es hora, Padre, es hora.

Está en ocho meses el niño.
La tierra tiene la entraña apremiante.

¡Llora Dios. LLórate! Llóranos!

Juez eterno,
hemos alegado con la llaga abierta.
Punza en ella el báculo tremendo
como un lábaro de amor.
Derrota al desaliento y al cansancio
¡probio de la fe!

Rómpenos el corazón, Juez inculpado,
y alega Tú - los hombres de testigos -
por los fueros de la esperanza!

ALEGATO DE CADA DIA

Y me digo:
Con razón somos tristes.
Jeremías era claro manantial si comparamos
su profético lloro solemne con el coro
cotidiano que rompe el pecho humano.

La sangre es cauce de lágrimas;
el pensamiento, reguero de sombras;
la pasión, huracán de angustias.

Y ¿de qué se hace la lágrima, la sombra, la angustia?
Me digo que de arena:
del mínimo vivir de cada instante.

Como todos los días

se espera inútilmente;
no concluye la diáspora.
Comemos el discorde mendrugo;
nos vestimos del ajeno atavío.
Los vientres maduran cementerio;
hay niños, flores, pájaros inútiles.
La gente se consume
en gris, en amarillo, en opaco,
en ajeteo entre esquinas y puertas.

Como todos los días
cada cual con lo suyo,
y no es bastante: nexo, atadura, lazo.
La voz de la Madre cada vez más distante
y más cerca la urgencia del minuto.
Como todos los días.

Ya tengo surcos en la frente
de tanto arar la nada sobre mí.

Hay razón de estar tristes;
algún rocío, sin embargo, nos sostiene.
Por sobre la tristeza sonreímos;
bebemos gracia con un solo trino.

Y el contumaz señuelo de Otro Día
vuelca una página a la fe.

INUTILIDAD

En cada nueva luna
mi alma inventa
una canción de cuna
inútilmente.

Veintisiete palabras de ansiedad
tiene mi canto;
y cuando se apaga la luna,
cada palabra se disuelve
inútilmente
en un hilo de sangre.

JUAN GERT

Mi sueño se hizo dulcemente cal.
La bóveda perfecta de tu cráneo
enclavada en la mariposa de mis huesos
es frágil tulipán
coronando las alas abiertas de la pelvis.

Sacas el molde al mundo
en mi cintura breve;
recogido y devoto como un rezo,
hilas con mi sangre el Universo,
hijo mío.
Creces dentro de mí
como en vaso ritual.

Por ti conozco
la humildad de ser la tierra fértil,

por ti el orgullo del vital milagro;
por ti soy urna bíblica,
por ti soy comunión y penitencia.

Por ti la muerte en su medalla acuña
perfil de piedra en querubín de niebla.

El vivo tulipán de tu cabeza
saca de nuevo el molde al Universo.

AL HOMBRE SIN NOMBRE LA MUJER ETERNA

INTROITO

Me llegaré al altar del hombre
en ofrenda de huída y rebeldía.
Hombre de hoy y de siempre,
abre tu mano a recibirme
y levántame al cielo como una hostia
aunque soy sólo una lágrima.

Hombre nuevo y eterno escúchame.
Sobre tu pecho llamo y clamo.

Mi palabra golpea contra tus sienes
obsesionante, obsesionada

Si la piedra del grito
te taladra la frente,
sangre de luz de herida
bautizará por un instante,
hombre frágil a la mujer eterna.

Eterna como el sueño fugaz.

Yo te miro sin ojos desde siempre.
Tú me llevas en ti desde que existes.
Si antes no lo sabías,
ahora ya no lo puedes olvidar.

He crecido en el mar
sobre una ola que se alargó
para volverse tallo.
En ese tallo de agua limpia
he subido a mirar a los ojos de Dios.

Ahora me inclina un hálito a tu mano
y estoy en ti como la mujer muerta
por la que todos los hombres han llorado.
Tú también has llorado
por tu hija, por tu madre,
por la mujer eterna de cuya muerte vives.
Ya no lo puedes olvidar.

Cuanto tus ojos caminen en la sombra
sentirás todavía por el cuerpo
una dulzura amarga y tibia:
Beso en las manos juntas
y una paloma en fuga.

Con mi cara de piedra
yo estoy en la otra orilla.
Existo para ti en este momento.
Y para mí no existo
porque soy más que eterna en cinco letras.

En el altar del Hombre fuerte como la Vida,
hombre de hierro y hielo,
metal, sangre y espíritu,
cae la ofrenda íntegra
de la mujer lejana.

Mujer de canto y llanto,
eterna y pasajera como el sueño.

NUDO

Nudo de los cuerpos
fugaz alegría
que ata nuestro polvo
con la eternidad

Nudo de los cuerpos
fugaz alegría
...la cadena sigue
con tanto dolor.

ANGELUS

Por las cuatro cámaras de mi corazón
ha pasado el ángel
de la Anunciación.

Fue como en un sueño de luna dormida:
están todavía frescas las pisadas,
sépalos tendidos en forma de cruz.

Fue como un misterio de agonías lúcidas
en que una marea de goces astrales
henchía mi cuerpo de pasos de Dios.

Fue como un milagro de embriagado espíritu
que en mí edificaba recóndita cripta
en donde ese ángel me dejó una flor.

Por las cuatro cámaras de mi corazón
ha pasado el ángel
trayendo las rosas
para ti Rosángela.

COLLAR DE NUEVE LUNAS

¡Collar de nueva lunas hechas de sombra y canto!

Fue en un principio polen caído desde un astro
a la mar jubilosa de la noche soleada.
Fue después una lágrima que se clavó en mi pecho,
como apretado nudo de todas las angustias:
Espanto de universos anudando las células,

y luego los abismos de renovado anhelo
trayendo en las caídas claridad temblorosa.

Allí las infantiles blancuras que se queman
en primitivos miedos de párpados cerrados,
de agazapadas alas sobre inmaduro huevo.

Y, de súbito, espadas batiéndose en el duelo
de las pródigas lluvias cambiantes, enigmáticas;
temblor de las escarchas caídas en el pasto
veloso que suaviza las mórbidas columnas
vagabundas del cuerpo que tantearán caminos.

Semilla que traspasa tejidos olvidados,
que reconstruye espejos quebrados por los años
y hace surgir juguetes que se hicieron fantasmas
en los viejos tapices, en los cajones rotos.

Después, un hilo cálido que va tejiendo huesos,
que va amasando flores sobre leve zarcillo
que se anuda y repite misterioso y secreto
en el líquido canto que agoniza en la vida.

La firme medianoche su compás mudo rompe
y empieza el primer tono de la música abierta.
¡Oh júbilo doliente de la cabeza erguida;
oh júbilo doliente de los miembros atados!

¡La orquesta en la tiniebla hace danzar la sangre!
Encarcelada ola que ya no halla reposo
en el limbo que encierra un alba evanescente
y que guarda ya el germen de la implacable Noche.

Gira en todos los signos de las constelaciones
la espesa sombra errante que habrá de ser un niño.

¡Madre! ¡Noche cerrada! Materia iluminada
por vacilante faro de intemporal vorágine.

¡Hijo! ¡Amaneciente Día, tormenta amenazada,
ciega embriaguez abriendo alucinados ojos!

¡Un ovillo de gritos rodará por el mundo!
El ánfora del sueño se vaciará en vigiliass
desde el perfil henchido de la novena luna.

Hijo nuestro, hijo nuestro, estrella en el azar,
que te reciba un ángel cuando la puerta se abra.
Sea tierna la tierra para tu frágil cuerpo;
sea fuerte tu espíritu para la inmensa herida.

¡Guárdanos a tu padre y a mí en el despertar!
Y los tres dormiremos en paz la Eternidad.

SURCO BENDITO

Tú que miras mi cuerpo turbado
por natural milagro,
no repares en la espiga ya plena
de la cintura rota
ni el andar vacilante de la raíz pequeña

que arrastra, al mismo tiempo, vida y muerte.
Es, pues, el mismo paso de la Tierra
al caminar en su órbita estelar.

No pises con tus ojos la intimidad henchida
porque es surco bendito leudando pan de amor.

En toda mujer grávida, perenne está la noche
del sueño primitivo, engarzando con sangre
la rúbrica gloriosa de un nuevo amanecer.

Su pupila es antena imantando la luz
para darla a otros faros en multiplicación.
La frente y los sentidos se le han volcado enteros
a la convexidad de la cámara sacra.

En el cuerpo anhelante
está el mar del recuerdo
y la montaña de la esperanza.

No palpes con mirada indiferente
las colinas a donde se encauza la Vía Láctea.

No rechaces la cara con sus velos parduzcos,
empañando mejillas con nubes de futuro.
Ve en sus manos preludio de cuna desvelada
cuando reposan mudas en la curvada falda
amparando su fruto
por tan frágil, más dulce; por tan amargo, amado.

Con tu viril talento dignifica la entraña
distendida en el arca vital, lleno de incógnitas.

Piensa en el sueño de las mujeres grávidas:
Sueños de muerte y resurrección;
imágenes de miedo buscando su refugio
a esta microscópica flora en bosque de venas;
minúsculo esqueleto de ángel inmaterial,
y una enmudecida violencia
para gritar aleluya ¡aleluya!
saludando el quejido.

No deformes este vaso sagrado.
En efímera elíptica va componiendo el friso
de signos zodiacales en el ser;
así como al principio del mundo,
fijaba coordenadas la Creación.

INTIMA

Pastor de mi sangre es mi esposo.
Cuando abre los ojos el sol se levanta
y tibia la yerba se empina
cuando me acaricia.

Mi sangre es rosado rebaño;
lo apacienta, lo nutre y cobija,
lo abreva en un claro remanso de cielo;
lo guía por sendas de ignorada dicha
y, bajo una gruta o sobre un collado,
le enseña del viento los móviles giros

o del hilo de agua el fresco secreto.

Corderitos sumisos, mis pasos
siguen sus dulces consignas
al son de cencerros de luz matinal.

Pastor de mi sangre es mi esposo.
La ampara, la sacia, la aquieta.
Junto con las nubes la guía en los prados
pisando florcitas silvestre,
y bajo la luna le tiende una alfombra de plata.

En el mediodía, cuando el sol salpica
de brasas los ojos, pone la grey mínima
bajo el firme alero de su sombra erguida.

Cuando el día cae, mi pastor conduce,
como a un oleaje de arroyo
dorado en las crestas, su rebaño rosa
hasta las orillas del reino del alma.

¡Pastor de mi sangre es mi esposo!
¡Su pradera soy!

REBELDE AMOR

Madre, con siete garfios nos estruja la vida.
Cuchillos en los dedos y hielo en las pupilas.
Por eso es tan amargo cantar el canto amado,
si hay cruz en la garganta, taladros en la voz.

Quiero sentirme dulce envuelta con tu nombre.
Quiero no ser tormenta si no sorbo de agua.
Quiero domar mis sueños con la cinta de un verso.
Quiero aplacar los miedos invocando tu fe.

Pero no puedo, madre; soy más débil que eso,
soy talvez más rebelde, pero no puedo, madre.
Antes la angustia abría mi boca en un suspiro;
ahora el dolor lo frena en un lento sollozo.

Yo era dulce y paciente como brote en la rama.
Ahora soy la cresta de una ola que se encrespa
sujeta a las mareas y al imán de los astros;
sólo me pertenezco en cimas y en abismos.

Tengo miedo decírmelo, pero talvez, rompiendo
tus márgenes, partí: núcleo libre y maduro
hacia piélago oscuro en la noche lunada,
punta de flecha ansiosa, al nido de tus brazos.
pidiéndote una conciliadora bienvenida.

¿Cómo enjugar lograra los pozos de tus ojos?
Tu dolor me alimenta. Yo, de dolor te nutro.
Debería morirme para que estés contenta.

Mi vida te lastima; no sé colmar tus moldes.
Te hacen doler mi llanto, mis besos, mis anhelos.
Y hasta mis alegrías, para ti son dolor.
Debería morirme para que estés serena.

Pero amo esta mi vida de espíritu y arcilla.
La amo porque, amándola, te estoy amando a ti.

Tu vida en mí se aferra porque no ha de seguir.
Pese a dolor y dicha y a tu propio sufrir,
chupando al mundo todo su brillo y su dolor,
quiero yo ser el último lucero de tu sangre.

Mis padres y mis hijos están dentro de mí.
Soy redondo universo que se termina en mí
formado en tus entrañas por el verbo de amor.
¡Debiera ser gloriosa mi vida para ti!

Si pudieras sentirme tal como soy, sabrías.
Pero te pone venda el polvo de las cosas.
Si en la urna de tu seno miraba con tus ojos,
¿cómo quieres ahora mirar tú con los míos?

Cuántas veces escruto en mis horas más íntimas
si podría, gota a gota, desvivir sangre y alma
y estar en ti de nuevo como antes de nacer.

Me abrasa la ternura cuando te veo triste
por culpa de mi vida, oh, madre, madre amada.
Si regresar no puedo hasta la entraña tuya,
quiero vivir hasta la última gota el sollozo .

¡Esta vida bifronte!: Un signo de infinito.
La sangre cae y sube y quiere eternizarse
pero le digo ¡No! Por mí lloró mi madre.
Ahora mis hijos mueran en mí sin existir.

Soy un mundo final.
Mis padres y mis hijos están dentro de mí.
En órbita ancha y libre, mi sino volverá
-como todas las cosas- a la mano de Dios.

Esta es mi ofrenda, madre, para expiar tus penas.
Es difícil cantar el canto más amado.
Cierro los ojos para soñar mis muertes.
Mato mis sueños y bendigo tu nombre.

CONFESION

Ingenua o atrevida, te declaro mi amor, Adán.....
Lo sé: fuiste el primer definitivo Hombre;
talvez lo seas Hoy
cargado de tus muertes

El Cada Día cae puntual
a rozar las pestañas insomnes
jugando al escondite con la Vida
porque uno se muere. Y no se muere.

Ya no existirías tú, Adán; sin embargo
sigues existiendo
en tu barro lluvioso entre los líquenes.

Ocupas tu lugar: réplica y molde de ti mismo,
enemigos aliados, ovillo de dos cabos,

uno enterrado; el otro a la deriva
dando vueltas en la pista redonda de la vida,
los calcañares contra el occipital.

Contradictorio, entero, multiplicado en ceros.
Mínimo y grande en infernal Edén
y así te quiero, Adán..... no te sorprenda.

No sabes ni siquiera quién te amasó.
AQUEL, talvez por jugar
con la última estrella rezagada en SUS Manos
o por librarse de una pesadilla,
o, al azar, por crear Sueño que sueña,
cuerpo que ría y llore
meditando sobre la roca NADA.....
o, más benévolo y confiado,
para que encuentres mujer
que pula Su primer esquema.....

Con mi cabello suelto hasta los muslos
cubriré la aridez de tus olvidos....

Te quiero, hombre sin nombre.

Quiero tu soledad: eco de mi vacío lleno
de preguntas, de dudas,
de mi esperanza de ser
entre los dos
la total suma

.....

¡Mudo estás! ¿Me escuchaste?

.....

(Dejo caer mis brazos desde el fallido abrazo.
En él creí poder hallar a todos los que amé.)

INVITACIÓN

Trigal, dame tus espigas:
manos que el sol hizo de oro

Nube, dame tu vellón:
mano que labró el crepúsculo.

Acequia, dame tu cuerda:
mano que lloró la cumbre.

Pampa, extiéndeme tu lámina:
ancha mano de caminos.

Dame, niño, estrella tibia:
mano de la greda humana.

Blancas, negras, amarillas,
cobrizas, aceitunadas.

Manos todas en guirnalda
unidas por el amor.

Hagamos la ronda al mundo
para que se alegre Dios.

(De *El Cántaro del Angelito*, Escuela de Artes
Gráficas del Colegio Don Bosco, La Paz, Bolivia, 1978.)

Plenitud

Vida amplia. Plena. Bella.
Me acaricia la luz con manos largas,
me besa el sol en plena boca ávidamente,
mece el mar con su potente canto
mi espíritu anhelante como arrullando un niño.
Cada día es un puerto al que me entrego
con los brazos abiertos y la inquietud ardiente.

Bebo la vida a bocanadas amplias,
me estremezco al rodar en el torrente
turbulento y sonoro de las horas.
La savia de los árboles es sangre silenciosa,
los ríos de la tierra son cálida canción.

Amo cima y abismo.
Quiero sentir en mí los universos y morir de las vidas
que de mí
no se van a prolongar.

Milagro

Estaban aún dormidas la voz y la palabra:
Un ángel custodiaba mi vida más profunda.
En éxtasis el mundo. Mi grito congelado.

Tragedia de la sangre, huracán del espíritu,
el sentir cada noche que un pétalo se cae
en las grutas perdidas de los vientos sin rumbo.
Saber que en cada esquina del mundo alguien espera,
frío y hambriento, lo que a nosotros nos aplasta.
Saber que el gesto amargo que nos inmoviliza
haría al entregarse, florecer la sonrisa.

Aquí el mundo de arterias retorciéndose solo,
en la casa vecina y más lejos
otros mundos humanos y sin órbita
cayéndose en la noche.

Arriba Dios, el cielo, los astros, la distancia
-estaban aún dormidas la voz y la palabra-
y de pronto, en la cara petrificada
expuesta a la noche sin límites cae
de dónde? Dios los sabe!
una estrella.

Y el sueño baja.
Cabeza, pies y manos
como alas van plegándose
sobre la flor del cuerpo

y un tallo blando, cálido,
como un cordón umbilical
nos sujeta a los cielos y a la tierra.

Es el amor.

De todas las distancias de la vida
vienen a arrodillarse nuestras horas.
El llanto en llama muda subió al cielo
y el firmamento íntegro
se vuelca en nuestras manos.

Las pesadilla va alejando
el patear de sus cascos en el pecho
y la cara en la noche
se ilumina de sol.

Isla de tu cariño

Isla de tu cariño
en el mar de mis lágrimas.
Contigo se alza el sol
que en mí se ha muerto.

Eres el astro en que se apoya mi cabeza
y eres la tierra en que mi pie se afirma.

Estoy cansada como al volver
de un largo sueño.
Vacía como un cántaro lleno de cantos.

Aligera mi sueño con tu beso distante
muerde un pedazo de alma
del árbol de mi cuerpo.

Qué dulce luz del sol
floreceda en el sueño!
Qué melodía más profunda
en el cántaro huérfano.

Quiero en tus brazos mi sueño
y en tu amor mi despertar.

Inculpable

Tú no puedes amarme.
Tú no tienes la culpa de no amarme.
Sobre la leña de tu corazón he puesto todo.
Mientras arde la llama, tú te vuelves ceniza.

Mientras mi beso crece en luz
hacia algún otro mundo,
tu frente disminuye como luna menguante.

Amaso la ternura de mis pequeñas flores
mientras tus brazos abren un socavón de piedra.
Dónde iría a dormirse el musgo verde
de mi silencio inútil contra tus fríos muros?

Tú no puedes amarme. Tú no tienes la culpa.

En el patio vacío de tu crueldad egoísta
como una hoja intrusa sería mi cariño
haciéndote una sombra en el patio vacío...
Mi cariño te espanta como un niño que canta
en una casa donde no hay pájaros ni flores.

En tu almohada mi sueño sería como un alba;
en tu pecho mi vida sería río de mieles.
Tú no tienes la culpa si tu almohada es estrecha
y tu pecho es tan frío que hasta la miel congela.

Qué compasión tan honda me da tu pobre vida.
Tú no puedes amarme.
Tú no tienes la culpa de no amarme.

Sal de mis lágrimas

Tanto por tí he llorado
tanto, tanto
que te has identificado
con la sal de mis lágrimas.

Ya no puedo llorar de cosa alguna
sin que tú vengas a mis ojos.

Si me entenece un niño,
si me tortura un ansia
y hasta si lloro de alegría
o sin motivo,
en la sal de mis lágrimas
tú siempre estás presente.

En la hebra de hilo,
en el libro que leo,
entre mis dedos torturados,
sobre la almohada
a veces caen mis lágrimas,
te juro, sin motivo!
Y siento como si tu sangre
goteara de mis ojos.

Tengo necesidad de llorar
por algo que no seas tú
y que no te puede decir. Bueno, te digo:
Por las angustias del que amo ahora.-
Y tú presente siempre!

Libértame por Dios!
Sal de la sal de mis lágrimas.
Ya nunca pienso en tí.
Ya no te quiero.
Sal de la sal de mis lágrimas.

Así nos encontramos

De qué lejanos astros,
de qué lejanas savias
vendrían nuestras vidas?

Misterios del Destino

que en un punto dos vidas
hacen juntarse un día.

Soltando una por una
la presión de las manos
que en nuestras vidas fueron,
llegamos a las manos
en que nunca soñamos.

Apagando una a una las miradas
que edificaron nuestras almas
llegamos a la cúpula clarísima
de la mirada última.

Sangre de extraños ríos
que en el mar de la pampa
se acercan de repente.

Así nos encontramos
en una patria nuestra
que ni es tuya ni es mía
y es de los dos a un tiempo.

Ríos hechos de penas, de angustias,
de martirios, de enormes alegrías
y de ocultos designios.

Aguas de extrañas fuentes
pero talvez nacidas
bajo la misma vara de Moisés.

Así nos encontramos
y nos hemos amado
dolientes o felices.

Qué importa lo que venga!
Sobre nuestra mirada
una nueva mirada,
tras de soltar mis manos
la presión de otras manos.

Así será la vida!

En un río de tiempo
flotan nuestras canciones,
en un río de sangre
flota la Eternidad.

Viaje inútil

Para qué el mar? Para qué el sol! Para qué el cielo?
Estoy de viaje hoy día,
en viaje de retorno hacia aquella palabra sin orillas
que es el mar de mi misma y de tu olvido.

Después de que te he dado mar y cielo
me quedo con la tierra de mi vida
que es dulce como arcilla mojada en sangre y leche.

Ahora me sobra todo lo que tuve
porque soy como acuario y como roca.

Por mi sangre navegan peces ágiles
y en mi cuerpo se enredan las raíces
de unas plantas violetas y amarillas.

Tengo en la espalda herida
las huellas de dos alas inservibles
y un poquito en mis ojos todavía
hay humedad inútil de recuerdos.

Pero qué importa todo esto ahora?
Cuando estiro los brazos y no hay nada
que no sea yo misma repetida.
Acaso no soy mar y no soy roca?

Misterios de colores en mi vida
suben y bajan en mareas altas
y extraños animales y demonios
se fingen ángeles y flores en mis grutas.

Están demás el mar, el sol, la tierra.

Ahora que he vuelto de un amor inmenso
tengo ya en la palabra sin orillas
lo que pudo caber entre sus manos.

OTOÑO DE TUS PARQUES NUEVA YORK

¿Quién ha cantado, Nueva York, la ternura de tu parque en otoño?
¿Quién escuchó el crujido de tus besos dorados
cuando el árbol escuálido dejaba caer sus hojas
bruñidas en la fragua del vientre de la roca?
¿No es cada hoja que cae un pensamiento tuyo?
Ciudad, por qué te miran las gentes con asombro
como si fueras monstruo de millonarios ojos?
¿Por qué todos te buscan en la ascensión del hierro
y nadie en la ternura de tu parque en otoño?

Caminé solitaria tus grandes avenidas,
olvidando tu adusta estructura metálica,
sumisa solamente al suelo en que te hiergues;
tenías tal nostalgia de una mirada humana
que el suelo sonreía sintiendo que lo amaba.
Será talvez por eso, ciudad de Nueva York,
que te he sentido mía, como a un hada madrina
cuando, al cruzar tus parques me seguían las hojas
con un rumor profundo, mudo entre los ruidos,
callando su congoja de fracasados soles.

Amé tu pasto mustio cuando soplaba el viento
de los primeros fríos en caída vertical.
Amé las filas secas de los desnudos troncos
que parecían niños hambrientos en la casa
de un potentado avaro, o ateridos obreros
en la huelga obligada de los días sin pan.
Ciudad, ¡cuánto te quiero pensando en tu neblina!
Es así como eres más íntima y más tú,
con los ojos cerrados frente a un cielo naranja,
mandando tu mensaje al Río en que se acuna
la movediza lágrima del humano existir.
Ciudad, yo te conozco porque besé tus pies

en el pasto amarillo de tu Parque en sordina.

Ciudad, yo vi a tus árboles escribir jeroglíficos
en la página abierta del cielo blanquecino
finos trazos oscuros de signo terrenal
y oí entonces el canto litúrgico de seres
que en procesión solemne moraban en tu entraña.

Yo vi en tus muelles fríos flotar los grandes barcos,
y hasta el ala más alta de franjas y de estrellas,
desde el agua, subía tu corazón oculto;
y fue sólo la sombra de mi mano en adiós
que acarició la quilla preñada de tus viajes.'

Vi tus puentes saltando la turbulencia humana,
telarañas gigantes de la meditación.

He escuchado en la noche tu íntima voz henchida
de un aliento caliente como un pecho que sueña.
Me he sentido pequeña entre tu red de luces
(pero estaba Aladino conduciendo mis pasos)
y tú me dabas sombras, reflejos, multitud, soledad.

¡Nueva York, ciudad íntima, cómo yo supe yo amarte
en rincones lejanos donde tú eres más tú!

¿Quién ha cantado, Nueva York, la ternura
del otoño en tus parques?
Dame esa voz-amiga para seguir nombrándote
ceñida contra el noble moverse de tu Hudson.
Dame esa voz-amiga para seguir nombrándote
en las reseca hierbas que tus sandalias doran.
Dame el viento del muelle, la mano de tus puentes.

Nueva York, tú me tienes amándote en tus parques
como otra hoja morena en tu viento de otoño.

De NADIR pag.49

CANTO AL SOLDADO DESCONOCIDO

Soldado indio, hombre cualquiera, hermano;
Aquí quiero cantarte
con las cruces sin fecha de los caminos;
con la vibración concéntrica del bombo
que en tus borracheras tristes
hincha la noche como un poncho negro.

Yo quisiera decirte
las palabras aymarás
que saben de memoria
los labios sedientos de los surcos
huérfanos de tu mano sembradora;
las sencillas palabras
enredadas en los espinos del cerco;
con el ladrido cálido de tu perro traposo
y el ruido familiar de tus platos de barro.

Con límpidas palabras
como agua de la acequia

y sol recién nacido sobre la pampa.

Así quisiera hablarte
con las voces más íntimas
que tú has dejado, hermano, en cada cosa;
aguayo de colores, abrazo de montañas,
tus paisajes, la consigna de tu ayllu.

Tú no serás el héroe de una estatua
para decirte cantos épicos.
Fuiste el hombre sencillo y enigmático
como la puerta de Tiwanaku:
Hombre del Ande,
pedazo de granito amasado con lágrimas.

Tu vida y tu muerte están clavadas
perennemente
en la raza de bronce de tu espíritu
crucificado sobre un sol de sangre.

Eras un poncho rojo como una gran khantuta
en la raya del horizonte
y después, en el Chaco,
también una khantuta,
manchaba tu herida el pajonal...

Soldado desconocido, tú eres
hermano de cada hermana, hijo de cada madre;
por eso
mis palabras
inquiéren conmovidas
la curva más caliente
para encender la herida
que apagó tus luceros,
que rompió tus caminos
hermano.

Voy a decirte mi canto
con el bloque gigante del Ande;
con el viento que escala las zampoñas del cerro;
con la enorme lágrima del Lago;
con los ojos húmedos de las vicuñas y las llamas;
con los ríos de estrellas de la Vía Láctea:
Tu ausencia y mi distancia.
Los rebozos en luto de las mujeres,
con mi juventud y con tu muerte

Pero está clavado el corazón sobre la tierra.

En el límite sin límite del horizonte
se hunde tu sombra ensangrentada.

Está rota la voz en mil pedazos:
es mi sollozo el canto
-beso y lágrima-
sobre la frente
del soldado
desconocido.